

La Virgen Gitana

La Virgen y el Niño (o La Virgen Gitana)

Fecha: hacia 1511

Óleo sobre tabla

Metropolitan Museum, Nueva York

La joven virgen de Tiziano ha sido tradicionalmente denominada la Virgen «Gitana» debido a su piel morena, su pelo negro y sus ojos oscuros. María, prácticamente una niña, sujeta a su pequeño, que todavía no se sostiene de pie sin ayuda. Tanto la madre como el niño parecen sumidos en sus pensamientos, pero su actitud natural y confiada muestra un vínculo profundo entre los dos, más allá de las palabras. Con la mano izquierda, el niño Jesús agarra los dedos de su madre, un gesto muy habitual en los niños, y con la derecha toquetea la tela del manto de María.



PRIMERA PARTE

*Cuando paseaba por las calles de Laredo,
cuando paseaba por Laredo un día,
seguí a un joven vaquero,
un guapo joven vaquero
vestido de lino blanco
y frío como el yeso.*

*Por tu atuendo veo
que eres un vaquero.
Esas fueron sus palabras
cuando osé acercarme.
Ven y siéntate a mi lado,
escucha mi triste historia,
que me han disparado en el pecho
y ahora voy a morir.*



PRÓLOGO

Nueva York, 1985

Poco antes de morir, mi madre hizo una cosa que me sorprendió muchísimo: regaló el Tiziano. En un primer momento me pareció una chifladura. La edad la había vuelto muy obstinada, y una vez que hubo entregado el cuadro al Metropolitan, se negó en redondo a comentar su decisión, ni siquiera conmigo. Mi madre era así. Podía mostrarse fría y decidida, con ese aire contenido y arrogante que atribuimos a los franceses. Pero si perseverabas, con el tiempo llegabas a descubrir bajo las espinas a una delicada rosa mosqueta. De todas formas, ningún periodista consiguió de ella una declaración, por más que insistiera. Mi madre nunca cedió al acoso de la prensa.

Pero mi madre no estaba chiflada en absoluto, únicamente exasperada. En su mirada inquieta y enfebrecida brillaba un deseo intenso que yo no alcanzaba a interpretar. Era consciente de que se moría, de que le quedaba poco tiempo. Cuando se acerca el momento de la muerte, muchas personas tienen la necesidad de atar todos los cabos sueltos para irse con la conciencia tranquila. Pero el sentimiento de mi madre iba más allá del deseo natural de arreglar los asuntos personales antes de emprender un viaje.

—No lo entiendes, Mischa. —Parecía tremendamente angustiada—. Tengo que devolver el cuadro.

Y era cierto que no lo entendía. ¿Cómo iba a entenderlo?

Yo estaba furioso. Mi madre y yo lo compartíamos todo. Debido a lo que habíamos vivido, estábamos unidos con un lazo más estrecho que el que ata normalmente a un hijo con su madre. Éramos dos frente al mundo, *maman* y su pequeño *chevalier*. De niño, yo soñaba con derrotar a todos sus enemigos con mi espada. Sin embargo, ella nunca me había hablado del Tiziano.

Ahora está muerta y sus labios sellados para siempre. El viento se ha llevado su aliento, las palabras que a veces me susurra en sueños. Una noche me dejó y se llevó consigo sus secretos, o eso creía yo. Pero pasado un tiempo, al recorrer el camino de los recuerdos de mi niñez, fui encontrando los secretos; estaban a mi alcance, sólo tenía que atravesar el cerco de fuego que me separaba de ellos. Fue un viaje lleno de dolor y de dicha, pero sobre todo de sorpresas. Yo era un niño, y lo interpretaba todo con una mirada joven e inocente. Hoy, con más de cuarenta años, la experiencia me ha dado sabiduría, y puedo ver las cosas tal como fueron. Confiaba en descubrir de dónde provenía el Tiziano; nunca me imaginé que me encontraría a mí mismo.

1

Todo empezó un día nevoso de enero. Enero es un mes deprimente en Nueva York. Los árboles están desnudos, las fiestas se han terminado y las luces navideñas se las han llevado para el año siguiente. Un viento cargado de escarcha barría las calles, y yo caminaba a paso rápido con las manos en los bolsillos, mirando el suelo. No pensaba en nada en particular, sólo en el trabajo de cada día. Intentaba no pensar en mi madre. Soy experto en evitar cosas: si algo me resulta doloroso, no pienso en ello. Si no pienso en ello, no sucede; si no lo veo, no está... ¿no? Hacía una semana que había muerto mi madre, y ya se había celebrado el funeral. Los periodistas, insistentes como moscardones, no paraban de preguntar cómo era posible que sólo ahora saliera a la luz un Tiziano tan valioso, no catalogado. ¿No entendían que yo sabía tan poco como ellos? Si ellos luchaban en la oscuridad, yo me debatía en el aire.

Llegué a mi oficina en West Village, una tienda de antigüedades en la planta baja de un edificio de ladrillo rojo. En la puerta contigua, Zebedee Hapstein, un excéntrico relojero, se afanaba en imprimir armonía a su discordante orquesta de tictacs. Me había olvidado de ponerme los guantes, y con los dedos entumecidos no atinaba a encontrar la llave. Al levantar la vista me vi reflejado en el espejo de la entrada: la cara fantasmal de un hombre envejecido, de mirada torva. Me desprendí de la tristeza, y mientras avanzaba me sacudí la nieve de los hombros. Stanley no había llegado, ni tampoco Esther, que contestaba el teléfono de la tienda y limpiaba. Subí la escalera como si arrastrara un enorme peso. Olía a madera y a cera de muebles, y había una luz mortecina. Cuando encendí la luz de mi oficina me llevé un susto de muerte: un vago-bundo esperaba tranquilamente sentado en una silla.

Le pregunté qué demonios hacía allí y cómo había entrado. No había ninguna ventana abierta y la puerta principal estaba cerrada con llave; por un momento tuve miedo. Cuando el individuo se volvió hacia mí con una media sonrisa, me desconcertó el inusitado azul turquesa de sus ojos, que relucían como dos aguamarinas en medio del rostro barbudo y surcado de arrugas. Se envolvía en un pesado abrigo, se cubría la cabeza con un sombrero de fieltro, y uno de sus sucios zapatos tenía la punta agujereada. Por un instante tuve una sensación de *déjà vu*, que desapareció tan rápidamente como había aparecido. Me miró de arriba abajo, evaluando mi aspecto, y su impertinencia me enfureció.

—Te has convertido en un joven muy apuesto —dijo, como hablando para sí y asintiendo con la cabeza.

Lo miré ceñudo, sin saber qué responder.

—Así que no sabes quién soy. —Su sonrisa ocultaba un fondo de tristeza.

—Por supuesto que no, y creo que debería marcharse de aquí.

El hombre asintió sin decir ni una palabra y se encogió de hombros.

—En realidad no hay razón para que te acuerdes, maldita sea. Pero esperaba... ¿qué más da? ¿Te importa que fume un pitillo? Ahí fuera hace un frío de narices.

Por alguna razón, su acento sureño me puso la carne de gallina. Antes de que yo pudiera contestar, el vagabundo sacó un Gauloise y encendió una cerilla. El olor del tabaco me produjo un cierto mareo y desató una avalancha de recuerdos, pero me dije que eran imaginaciones mías. Lo miré fijamente y, para ocultar mi emoción, me quité el abrigo y lo colgué en la percha detrás de la puerta. Luego me senté frente al escritorio. El hombre pareció relajarse, pero no me quitaba los ojos de encima.

—¿Quién es usted? —Hice la pregunta a bocajarro y me preparé para la respuesta mientras me decía que no era posible, no después de tanto tiempo. No quería que fuera así, apestando a tabaco y a sudor.

Me sonrió y exhaló una nube de humo por un lado de la boca.

—¿Te dice algo el nombre de Jack Magellan?

Tenía la boca seca y no supe qué responder.

Enarcó una de sus pobladas cejas y se inclinó sobre la mesa.

—¿A lo mejor te resulta más familiar el nombre de Coyote, Junior?

Me quedé boquiabierto. Busqué en su rostro las facciones del hombre que había tenido mi corazón en sus manos, pero sólo vi una barba con flecos grises y un rostro castigado por el aire y el sol, surcado de profundas arrugas. Ya no quedaba nada de su magia y de su juventud. Aquel apuesto norteamericano que nos prometió un mundo entero, hacía años que había muerto. Tenía que haber muerto, ¿no? De no ser así, ¿por qué no había regresado?

—¿Qué quiere?

—He leído lo de tu madre en la prensa. He venido a verla.

—Mi madre ha fallecido —le solté con brusquedad. Quería ver su reacción, quería hacerle daño, causarle auténtico dolor. Yo no le debía nada, y él me debía una explicación y treinta años. Me alegró ver que se le llenaban los ojos de lágrimas y que inclinaba la cabeza sobre el pecho. Me dirigió una mirada de inmensa pena y le sostuve la mirada. No pretendí ignorar su emoción, me limité a contemplar cómo boqueaba como un pez fuera del agua.

—Ha muerto —musitó al fin con voz quebrada—. ¿Cuándo?

—Hace una semana.

—Una semana —repitió, sacudiendo la cabeza—. Si por lo menos...

Dio una calada al cigarrillo, y el olor del tabaco me envolvió de nuevo en una oleada de recuerdos que intenté rechazar. Volvía a ver las largas hileras de viñedos, los cipreses, las paredes amarillentas y descoloridas por el sol del *château* que una vez había sido mi hogar. Los postigos azul celeste estaban abiertos, soplaba una brisa cargada de olor a pino y a jazmín, y una voz, en algún recóndito lugar de mi memoria, cantaba Laredo.

—Tu madre era una mujer excepcional —dijo con tristeza—. Me habría gustado verla antes que muriera.

Quería decirle que mi madre se había aferrado mucho tiempo a la esperanza de que él volvería, que en los treinta años que pasaron desde su marcha nunca había dudado de él. Sólo cuando llegó al final del camino se resignó a aceptar la verdad: él no volvería. Yo quería gritarle, agarrarlo del cuello del abrigo y levantarlo del asiento, pero no hice nada. Lo miré fijamente sin mostrar emoción alguna.

—¿Cómo me has encontrado?

—He leído la noticia sobre el Tiziano.

«Ah, el Tiziano —me dije—. Eso es lo que le interesa.»

Apagó el cigarrillo y rió entre dientes.

—He leído que se lo ha donado a la ciudad.

—¿Y a ti qué te importa?

Se encogió de hombros.

—Ese cuadro vale una fortuna.

—Por eso estás aquí, por el dinero.

De nuevo se inclinó sobre la mesa y clavó en mí sus hipnóticos ojos azules.

—No he venido por dinero, no busco nada —dijo con voz ahogada de indignación—. En realidad, soy un viejo estúpido. Aquí no me espera nada.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Sonrió tristemente, dejando ver una dentadura ennegrecida y cariada. Más que una sonrisa, era una mueca de dolor, y me sentí incómodo.

—Voy tras un espejismo, Junior, eso es. Siempre fue un espejismo, pero tú no lo podrías entender.

Desde la ventana pude ver cómo se alejaba cojeando, encorvado para protegerse del viento frío y con el sombrero calado hasta las orejas. Me rasqué pensativo la barbilla y noté la aspereza de mi barba incipiente. Por un momento creí oírle cantar: «Cuando paseaba por las calles de Laredo». No pude soportarlo ni un momento más. Cogí el abrigo y bajé corriendo las escaleras. Cuando abrí la puerta me encontré con Stanley que entraba. Se sorprendió de verme.

—Salgo un momento —dije simplemente.

En la calle caía una espesa nevada, así que empecé a seguir sus huellas. No sabía lo que le diría cuando lo encontrara, pero sabía por qué un sentimiento muy profundo había ahogado mi enfado. Era difícil de explicar, pero aquel hombre me había hecho un regalo muy especial, un regalo que nadie más podía hacerme, ni siquiera mi madre. Y a pesar del dolor que nos había ocasionado, entre nosotros seguía existiendo un vínculo que no se rompería nunca.

Pronto perdí su rastro, que se confundió entre los de millones de personas anónimas de Nueva York. Sentí un dolor profundo en el alma, el intenso dolor de la pérdida. Recorrí las calles con la mirada en busca de un anciano que cojeara, pero mi corazón anhelaba a otra persona, al hombre apuesto que había sido, de cabello pajizo y ojos de un azul intenso, el color de los mares tropicales. Cuando sonreía, tenía en la mirada un brillo de picardía, y junto a los ojos se le formaban unas arrugas que resaltaban su tez morena por el sol. Incluso cuando quería mostrarse solemne, las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba, como si sonreír fuera su estado natural y le costara estar serio. Caminaba muy tieso y con la barbilla levantada, con paso elástico, con un aire vulgar y atrevido capaz de ablandar al más cínico. Ése era el Coyote que yo conocía, y no el vagabundo viejo y maloliente que había aparecido como un buitre para picotear los restos de la mujer que lo amó.

Tras una última mirada alrededor, di media vuelta y emprendí el triste regreso. La nieve había borrado prácticamente mis huellas. ¿Y las suyas? Habían desaparecido también, como si no hubieran existido nunca.

2

Burdeos, Francia, 1948

—¡Mira, Diana, aquí está otra vez ese niño encantador!

Joy Springtoe se inclinó y me dio un buen pellizco en la mejilla. Aspiré su perfume y noté que me ponía rojo. Con sus abundantes rizos dorados y su piel pálida y suave como la gamuza, era la mujer más hermosa que había visto jamás. Tenía los ojos del mismo color que las palomas que zureaban en el tejado del *château*, y aunque iba pintada y arreglada según el gusto estadounidense, demasiado chillón para las francesas, a mí me gustaba. Estaba llena de colorido. Cuando se reía, querías reír con ella, aunque para mí era imposible, así que me limitaba a sonreír con timidez y me dejaba acariciar con el corazón henchido de agradecimiento.

—Eres un niño muy guapo. Pero ¡si no tendrás más de seis o siete años! ¿A que no? ¿Dónde están tus padres? Me gustaría conocerlos. ¿Son tan guapos como tú?

Su amiga se acercó un poco nerviosa. Era gruesa como una tetera, de mejillas sonrosadas y tiernos ojos castaños. Aunque llevaba una blusa floreada, al lado de Joy parecía gris, como si Dios hubiera gastado todos los colores al pintar a Joy y a ella se hubiera olvidado de colorearla.

—Se llama Mischa —dijo Diane—. Es francés.

—No pareces francés, pequeño, con este pelo rubio y esos preciosos ojos azules, desde luego que no pareces francés.

—Su madre trabaja en el hotel —aclaró Diane—. He hecho averiguaciones por curiosidad.

Joy frunció el ceño. Diane se encogió de hombros y sonrió como excusándose.

—¿Y no vas al colegio? —me preguntó Joy—. *Est-ce que tu ne vas pas à l'école?*

—Es mudo, Joy.

Joy se incorporó llena de consternación. Me miró con ternura y me acarició la mejilla.

—¿No puede hablar? —Sus ojos estaban llenos de compasión—. ¿Quién te ha robado la voz, pequeño?

Mientras yo me dejaba envolver por la ternura de Joy, apareció Madame Duval. Al verme, su rostro se endureció, pero volvió a colocarse la máscara de amabilidad para saludar a las clientas.

—*Bonjour* —dijo con voz azucarada.

Me puse rígido como un ratón asustado que no puede escaparse.

—Espero que hayan descansado.

Joy se apartó el pelo de la cara.

—Oh, hemos dormido muy bien. Esto es tan bonito... Mi ventana da a los viñedos, y esta mañana parecían destellar al sol.

—Me alegro mucho. Están sirviendo el desayuno en el salón.

Por su cara me di cuenta de que Joy había percibido mi terror. Me guiñó un ojo y me dio unas palmaditas en la cabeza antes de bajar las escaleras con Diane. Cuando las dos se hubieron marchado, la expresión de Madame Duval adquirió la dureza del hielo, como si se hubiera congelado.

—¡Y tú! ¿Qué estás haciendo en esta parte de la casa? ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Me espantó con un gesto despectivo, y mi corazón, momentos antes tan abierto, volvió a su concha. Salí corriendo antes que pudiera pegarme.

Mi madre estaba limpiando la plata en la antecocina.

—¡Mischa! —exclamó aliviada. Me abrazó con fuerza y me besó en la sien—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —Al mirarme a la cara, comprendió—. Cariño, no debes entrar en la Zona Privada. Ahora esto es un hotel, ya no es tu hogar. —Yo lloraba tanto que le mojé el delantal de lágrimas—. Te cuesta entenderlo, pero así son las cosas. Tienes que aceptarlo y portarte bien. Madame Duval ha sido buena con nosotros.

Me separé de ella y negué furioso con la cabeza. Para mi vergüenza, volví a estallar en llanto, pero cuando mi madre intentó consolarme, la empujé y pateé el suelo. «La odio, la odio, la odio», grité. Pero mi madre no oía mi voz interior.

—Vamos, cariño, ya lo sé. *Maman* te entiende perfectamente.

Incapaz de resistirme a la ternura de sus besos, dejé que me abrazara y me acurrugué en su regazo. Con los ojos cerrados aspiré el olor a limón de su piel y dejé que posara sus labios sobre mi pómulo. Notaba su aliento en mi mejilla y sentía su amor, un amor intenso, incondicional, que yo bebía con avidez.

Mi madre era mi mejor amiga. Sin embargo, aquel horrible episodio que viví al acabar la guerra me trajo también a una persona muy especial, sólo para mí. Se llamaba Pistou, y yo era el único que podía verlo. Tenía mi edad, pero no nos parecíamos en nada. Él era moreno, de ojos oscuros, pelo crespo y piel aceitunada. A él no tenía que explicarle nada, porque oía mi voz interior y lo entendía todo. Aunque sólo era un niño, era muy sabio.

La primera vez que lo vi era de noche. Desde el final de la guerra, yo dormía con mi madre. Me acurrucaba a su lado y me sentía a salvo. Y es que tenía pesadillas, unos sueños terribles de los que me despertaba llorando. Mi madre, medio dormida, me acariciaba la frente y me besaba para tranquilizarme. Como no podía explicarle mis pesadillas, me tumbaba en la oscuridad con los ojos abiertos, temeroso de que las imágenes volvieran y se me llevaran. Y entonces apareció Pistou. Se sentó en la cama y me sonrió con una expresión tan alegre y cálida que supe que seríamos amigos. Me miró lleno de compasión y comprendí que había visto mis sueños y que entendía mi terror. Mientras mi madre dormía, yo le hacía compañía a Pistou intentando mantenerme despierto hasta que el sueño me venció.

Tras algunos encuentros nocturnos, Pistou empezó a presentarse durante el día, y no tardé en comprender que nadie le veía, porque miraban a través de él. Pistou podía corretear entre la gen-